

*H*UMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO
DE
ESTUDIOS HUMANISTICOS

27



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
2000

EL SUFRIMIENTO Y LA DESDICHA EN SIMONE WEIL

Dra. María del Carmen Dolby Múgica

A LA ESPERA DE DIOS

La desdicha es uno de los temas principales de la filosofía de Simone Weil. Ella supo captar -como pocos- el verdadero alcance de la desdicha -que es más que sufrimiento-, y darle una respuesta trascendente. Supo llevar a cabo el engarce entre la desdicha y lo divino e intemporal.

Pocas personas han tenido, como lo tuvo Simone, un termómetro espiritual tan fino y exacto para descubrir, en las diversas situaciones, el rostro de la desdicha.

Simone Weil la describe como algo diferente al propio sufrimiento.

“en el ámbito del sufrimiento, la desdicha es algo aparte, específico, irreductible: algo muy distinto al simple sufrimiento. Se adueña del alma y la marca, hasta el fondo, con una marca que sólo a ella pertenece, la marca de la esclavitud”.¹

La define también como:

“un desarraigo de la vida, un equivalente más o menos atenuado de la muerte”.²

La persona desdichada vive apenas con la mitad de su alma. Pero la pregunta que aparece es la siguiente: ¿cuándo podemos decir que hay desdicha en un ser humano?. La respuesta que da la filosofía es Esta:

“sólo hay verdadera desdicha si el acontecimiento que se ha adueñado de una vida y la ha desarraigado, la alcanza directa o indirectamente en todas sus partes, social, psicológica, física.”³

Y no podemos preguntar a la vez que Simone Weil, ¿qué ocurre en el interior de las personas que han sido y son víctimas de la desdicha? En primer lugar se encierran en sí mismas y son incapaces de ayudar o incluso de desear ayudar a los demás. La desgracia, de alguna manera, las hace egoístas, aunque determinadas personas, puedan, por su alta calidad moral, sustraerse a esta situación:

“aquellos que han sido mutilados por la desdicha no están en condiciones de prestar ayuda y son incapaces, incluso, de desearlo”.⁴

En segundo lugar, la desdicha curte el alma:

"la desdicha endurece y desespera porque imprime en el fondo del alma, como un hierro candente, como un desprecio, una desazón, una repulsión de sí mismo".⁵

Y en tercer lugar, la desdicha puede alejar a las personas que la padecen, de Dios, en una especie de noche oscura y terrible:

"la desdicha hace que Dios esté ausente durante un tiempo, más ausente que un muerto, más ausente que la luz en una oscura mazmorra. Una especie de horror circunda toda el alma. Durante esta ausencia no hay nada que amar, el alma deja de amar, la ausencia de Dios se hace definitiva".⁶

Sin embargo la posición de Simone Weil ante la desgracia no es pesimista, y encuentra una salida liberadora de la misma. La escapatoria sólo puede estar en Dios, en la posibilidad de que el alma, a pesar del sufrimiento, siga con la mirada hacia lo alto y entonces dice, recogerá su fruto:

"es preciso que el alma continúe amando en el vacío, o que, al menos, desee amar, aunque sea con una parte infinitesimal de sí misma. Entonces Dios vendrá un día a mostrarse y a revelar la belleza del mundo, como ocurrió en el caso de Job. Pero si el alma deja de amar, cae en algo muy semejante al infierno".⁷

¡Cuán semejantes fueron las experiencias que tantas personas sufrieron en los campos de concentración durante el Nazismo! Y, sin embargo, ¿cuántas de ellas descubrieron a Dios a través de su desgracia! En el hondón de su alma desgarrada encontraron la fuente de la vida, de la belleza y de la verdad. Hay múltiples testimonios de personas que en la oscuridad de su personal mazmorra, supieron conservar el coraje y la mirada hacia lo alto y atravesar el tiempo para llegar a la eternidad:

"aquel cuya alma permanece orientada hacia Dios mientras está atravesada por un clavo (por un sufrimiento, por una desgracia), se encuentra clavado en el centro mismo del universo. Ése es el verdadero centro, que no es su punto medio, que está fuera del espacio y del tiempo, que es Dios. Por una dimensión que no pertenece al espacio, y que no es el tiempo, por una dimensión totalmente distinta, ese esclavo ha horadado un agujero a través de la creación, en el espesor de la barrera que separa al alma de Dios. Por esta dimensión maravillosa, el alma puede, sin dejar el lugar y el instante en que se encuentra el cuerpo al cual está ligada, atravesar la totalidad del espacio y el tiempo y llegar a la presencia misma de Dios".⁸

Bellas y profundas palabras que señalan una vía de acceso a lo trascendente, a través del sufrimiento. Un camino que podría ser transitado por la mayoría de los seres humanos, dado que la desgracia siempre acaba golpeándonos. Se podría desde esta óptica, hacer un uso diferente de nuestro sufrimiento y de nuestra desgracia.

PENSAMIENTOS DESORDENADOS

En esta obra, Simone sigue ahondando en la temática de la desdicha. En sus "Nuevas reflexiones sobre el amor a Dios y a la desdicha", encontramos un cambio en su consideración de la desdicha. De ahora en adelante se va a fijar en aquellos que la padecen.

Para la filosofía, los desdichados lo son no sólo de un modo casual e incluso injusto, sino que de alguna manera se han hecho dignos acreedores de la misma, en concreto por su complicidad con el crimen o por su cobardía al no denunciar situaciones injustas atentatorias de los derechos humanos más elementales. Podemos recordar cuánta complicidad hubo y ha habido en la historia de la humanidad al respecto:

"sea cual sea el grado de desdicha en que está sumido, es como mínimo lo que se ha merecido. Pues antes de ser reducido a la impotencia por la desdicha, se ha sido cómplice por cobardía, inercia, indiferencia o ignorancia culpable, de crímenes que han puesto a otros seres en una desdicha por lo menos semejante. Probablemente, no se podrían haber impedido por lo general, esos crímenes, pero se les podría haber denunciado... La desdicha que se sufre no es en estricta justicia un castigo demasiado grande para esa complicidad y no se tiene derecho a compadecerse de uno mismo. Sabemos que, al menos una vez, un ser perfectamente inocente sufrió una desdicha peor; es preferible dirigir la compasión hacia él a través de los siglos".⁹

Es evidente que aunque merezcamos una parte de la desdicha que afecta a la humanidad, ninguno de nosotros la desea, sería algo así como ir "contra natura", una perversión, en palabras de Simone Weil. No obstante para ella:

"el conocimiento de la desdicha es la clave del cristianismo".¹⁰

Para Simone, sólo hay una forma de conocer la desdicha: haberla padecido, haberse encontrado con ellas cara a cara. Pero tampoco, según ella, es suficiente haberla padecido sino que es necesario amarla, querer esa dureza que desgarrar el alma a pedazos:

“hay que amar tiernamente la dureza de esta necesidad que, siendo dominación la cara vuelta hacia nosotros y obediencia la cara vuelta hacia Dios. Hay que estrecharla en nuestros brazos, según cuando nos ofrezca sus puntas y al estrecharla la hagamos entrar en nuestra carne”.¹¹

Nos podemos asombrar de su insistencia en la necesidad de aceptar y amar la desdicha que supone la muerte, de por lo menos, una parte importante del alma. A esta cuestión Simone Weil diría:

“debemos agradecer a Dios con todo el corazón, habernos dado como soberana absoluta la necesidad, su esclava insensata, ciega y perfectamente obediente. La necesidad nos conduce con su látigo. Pero estando sometidos a su tiranía, basta con que elijamos a Dios como tesoro, con que pongamos en Dios nuestro corazón; desde ese momento veremos la otra cara de la tiranía, la cara que es obediencia pura. Somos los esclavos de la necesidad, pero también los hijos de su Señor”.¹²

La persona que padece la desdicha, desde esta óptica no sólo es capaz de acercarse a través de ella a lo divino sino también esta experiencia le capacita para asumir como propia y de modo natural la desdicha ajena. Incluso le da el poder de devolver al desdichado con su compasión, parte de la dignidad que la desdicha le había arrebatado:

“aquel que proyecta su ser en un desdichado hace nacer en él, por amor, al menos por un momento, una existencia independiente de la desdicha... proyectar el propio ser hacia un desdichado es asumir momentáneamente su desdicha, tomar voluntariamente aquello cuya esencia misma consiste en ser impuesto por la fuerza y contra su voluntad... sólo Cristo lo ha hecho, y los hombres cuya alma está enteramente ocupada por Cristo pueden hacerlo. Éstos, al proyectar su propio ser sobre el desdichado al que socorren, llevan a él, no realmente su ser, pues ya no lo tienen, sino al propio Cristo”.¹³

Si Simone Weil hace hincapié en la desdicha, es debido a que su padecimiento, siempre inevitable en nuestra condición de humanos, puede acercarnos a Dios al igual que la belleza del mundo o el amor a los demás. Pero ella es consciente que es un don que se despilfarra abundantemente y del que sólo algunas personas saben extraer su verdadero tesoro:

“se estaría a menudo tentando de lograr lágrimas de sangre, viendo cómo la desdicha aplasta a desdichados incapaces de hacer uso de ella. Pero considerando las cosas fríamente, no es despilfarro más lamentable que el de la belleza del mundo ¿Cuántas veces la claridad de las estrellas, el ruido de las olas del mar, el silencio de la hora que precede al alba, vienen en vano a reclamar la atención de los hombres?”.¹⁴

Aquellas personas que son capaces de entrever a Dios por medio de la belleza del mundo, cuando son tomadas por la desdicha, es posible que también sean capaces de comprender que constituye una vía distinta de acceso de lo divino, aunque estén al borde de su resistencia y tengan tensadas todas sus resistencias espirituales. El ser humano fiel:

“en el fondo de sus propios gritos encontrará la perla del silencio de Dios”.¹⁵

La experiencia de tantas personas llevadas al borde del sufrimiento, podría corroborar esta frase. El fondo de su ser y más allá de sí mismas, se encontraron con Dios. El eco agustiniano está presente. Trascender nuestras terribles circunstancias y trascendernos a nosotros mismos, para encontrar en el silencio grandioso de la espera un astro de lo trascendente.

LA GRAVEDAD Y LA GRACIA

En esta obra, Simone Weil analiza la psicología de las personas tocadas por el dolor, por el sufrimiento, por la desdicha. Hace una especie de fenomenología de la persona desdichada.

Un rasgo importante que descubre en la persona que sufre, es el querer hacer partícipes a los demás de su sufrimiento:

“tendencia a extender el sufrimiento más allá de uno mismo”.¹⁶

La persona que sufre quiere, o bien que otras personas participen del sufrimiento o bien, suscitar la compasión de los que le rodean. No obstante, en ocasiones no se logra ninguno de los dos objetivos, y es entonces cuando en el interior del ser desdichado se produce una deformación de la realidad:

“se daña la representación del universo en uno mismo. Cualquier cosa hermosa y buena resulta entonces como una injuria”.¹⁷

La desdicha no sólo provoca una deformación en nuestra visión de la realidad sino, y sobre todo, un vacío en el pensamiento. Y ante este profundo y oscuro vacío, que Simone compara con la noche oscura del alma, tema muy querido por los místicos españoles, sólo caben dos salidas. Una, la de caer en la desesperanza o en la adoración de falsos ídolos y otra, la de esperar que sea llenado por el pan espiritual, es decir, por Dios y su gracia:

“quien por un momento soporta el vacío, o bien, obtiene el pan sobrenatural, o bien cae. El riesgo es terrible, y hay que correrlo, e incluso exponerse a un momento sin esperanza. Pero no hay que arrojarse a él”.¹⁸

Cuando el vacío no es llenado por la necesidad de Dios, aparece entonces la "imaginación colmadora", esencialmente mentirosa y que permite que se adore a personas que, en la mayor parte de los casos, ni lo merecen, o lo que es peor, se adore a una cosa que no es otra que el dinero. De las dos opciones quizás la del dinero sea la más degradante:

"dos efectos bajos aunque el dinero lo es más".¹⁹

La imaginación que colma falsamente el vacío con ídolos humanos o materiales, impide que el sufrimiento no cumpla su función de catarsis o de purificación que desde la óptica weiliana tan necesaria es en nuestra limitada condición humana.

"así es como las personas normales pueden ser prisioneras, esclavas, prostituidas, o pasar por cualquier sufrimiento sin purificación".²⁰

Para Simone Weil, la desdicha, el sufrimiento, la desgracia, son camino hacia Dios, por la que reconocemos nuestra miseria, nuestra nada. Son los que nos abren la puerta que conduce al camino de la sabiduría y no sólo la ignorancia socrática:

"¿cómo habría de considerar yo la desgracia y el rebajamiento a que la misma condena hacen posible el conocimiento de la miseria humana, conocimiento que es la puerta de la sabiduría?".²¹

A la sabiduría nos puede llevar no sólo el reconocimiento de nuestros límites cognoscitivos, a pesar de los grandes avances científico-tecnológicos sino, y sobre todo, el reconocimiento de nuestros límites al experimentar nuestra impotencia frente al sufrimiento y la desdicha.

El planteamiento de Simone Weil es harto realista. A lo largo de la historia de la Filosofía, ha habido muchos filósofos que han querido, o bien, soslayar la realidad del mal con explicaciones excesivamente racionales, o bien, proyectar su desaparición en un futuro cercano, construyendo una utópica sociedad feliz y perfecta en la que no tendría cabida el sufrimiento. Lo que Simone quiere mostrar es que tanto el goce de la hermosura del mundo, como el padecimiento del dolor, son vectores reales de nuestra existencia a los que no podemos sustraernos.

Su inspiración es, en este caso, tanto griega como cristiana. Griega, en el sentido de entender la filosofía como una preparación para la muerte:

"por eso, filosofar es aprender a morir".²²

Cristina, porque se da cuenta del sentido auténtico del dolor en el cristianismo:

"la extrema grandeza del cristianismo procede del hecho de que no busca un remedio sobrenatural contra el sufrimiento sino un uso sobrenatural del sufrimiento".²³

En esta fórmula, se encuentra resumida su posición ante la desdicha y el sufrimiento: saberlos convertir en una senda que conduzca a la persona que los padezca hacia lo trascendente. Ha dado del mal una solución religiosa, única posibilidad de asumirlo en su totalidad sin que el alma se vea definitivamente destruida por la desgracia.

Dentro de la temática weiliana sobre el sufrimiento, la desgracia y el mal, hay un aparato especial que habla del sufrimiento y del mal en los inocentes. Algo que ha escandalizado a muchos filósofos y literatos, y que incluso les ha llevado a la negación de Dios.

A Simone le sorprende también que la desdicha, el mal, sea capaz de habitar en el alma de personas inocentes. La desdicha que diríamos nosotros, de miles y miles de niños hambrientos, de los que huyen dejando sus cosas porque la devastación de la guerra se avecina, y la de muchas personas que sufren largas y dolorosas enfermedades.

En este punto, Simone contacta en concreto con la preocupación planteada por el propio Fedor Dostoievski en los hermanos Karamazov, sólo que le dará una solución radicalmente diferente. Cita libremente, como era su costumbre, las palabras de Iván:

"por más extraordinarias que sean las maravillas que esta enorme fábrica proporcione, si cuesta una sola lágrima de un solo niño, me niego a admitirla".²⁴

Simone se refiere al capítulo Rebeldía o Rebelión en la obra "Los hermanos Karamazov", del que podemos sacar muchas otras palabras que sirvan para complementar las traídas por Simone. Así, por ejemplo, dice Iván:

"toda la ciencia del mundo no vale lo que las lágrimas de los niños... pero ¿qué haré de los niños?. No puedo resolver esta cuestión. Si todos deben sufrir para ayudar con su sufrimiento a la armonía eterna, ¿qué papel desempeñan los niños? No se comprende por qué deben sufrir ellos también en nombre de la armonía. ¿Por qué servirán de material destinado a prepararla? Comprendo perfectamente la solidaridad del pecado y del castigo, pero ésta no puede aplicarse a los pequeños inocentes. Y si verdaderamente son responsables de las fechorías de sus padres, esa verdad no es de este mundo y no la comprendo... mientras pueda hacerlo, rechazo admitir esa armonía superior. Creo que esa armonía no vale lo que las lágrimas de un niño".²⁵

Simone las comenta de este modo:

*"yo suscribo totalmente ese sentimiento. Ningún motivo, cualquiera que sea el que pueda dárseme como compensación a la lágrima de un niño, puede conseguir que yo acepte esa lágrima. Absolutamente ninguno de los que la inteligencia puede concebir, únicamente uno que sólo le es inteligible, sin embargo, al amor sobrenatural: Dios lo quiso así. Y también por ese motivo aceptaría un mundo que no fuera más que el mal de la lágrima de un niño".*²⁶

Sobrecogedoras palabras las de Simone Weil. Por una parte afirma algo que quizá muchos filósofos y algunos que no lo son, ya han advertido: la dificultad de comprensión intelectual del mal, aunque algunos pensadores como es el caso de San Agustín, hayan intentado dar de él una explicación racional.²⁷

Por otra parte, llama la atención su aceptación estoica del mismo, a pesar de que el mal degrada y afecta al núcleo de las personas. Por último y aquí radicaría el aspecto fundamental, busca dar al mal un sentido que esté más allá de lo meramente racional y que entre en los límites de lo sobrenatural, es decir, de lo religioso. No hay respuesta exclusivamente humana, horizontal, para esta cuestión. Nuestra desdicha jamás podrá comprenderse desde una posición meramente humana. He aquí su mensaje.

CONCLUSIONES

Desde la óptica weiliana, lejos de ser el mal un obstáculo infranqueable para llegar a Dios, la desdicha humana es o puede ser, el punto de engarce y de encuentro entre Dios y el hombre. Hay numerosos textos que avalan esta afirmación:

*"cuando se ama a Dios a través del mal como tal, se ama verdaderamente a Dios. Amar a Dios a través del mal como tal. Amar a Dios a través del mal odiado, odiando ese mal. Amar a Dios como autor del mal que se está odiando. El mal es al amor lo que el misterio a la inteligencia. Igual que el misterio obliga a la virtud de la fe a ser sobrenatural, así hace el mal con la virtud de la caridad. Tratar de buscar compensaciones y justificaciones al mal es tan perjudicial para la caridad como tratar de exponer el contenido de los misterios en el terreno de la inteligencia humana".*²⁸

"nosotros somos los que más lejos estamos de Dios, en el límite extremo del que todavía no resulta imposible volver a él. En nuestro ser, Dios se halla desgarrado. Nosotros somos la crucifixión de Dios. El amor de

*Dios por nosotros es pasión ¡De qué forma podría amar el bien al mal sin sufrir? Y también el mal sufre al amar al bien. El amor mutuo entre Dios y el hombre es sufrimiento".*²⁹

De estos textos se desprende la total aceptación de la necesidad representada en este caso por el mal y sobre todo la concepción que Simone tiene de Dios como el Bien puro y de nosotros, como mortales, de una mezcla de bien y de mal. El ascenso a Dios hay que hacerlo irremediamente a través del mal, del sufrimiento, de la desdicha. En Simone, encontramos ecos del Maniqueísmo, al que tanta fuerza se enfrentó el propio San Agustín de Hipona. La creación para esta filosofía:

*"es el bien hecho trozos y esparcido a través del mal... Dios ha creado un mundo que es, no el mejor posible (como diría Leibniz) sino el que contiene todos los grados de bien y de mal".*³⁰

Y todo esto es lo que hay que aceptar para que desde esta realidad del mal, del sufrimiento, de la desdicha, lleguemos a Dios. El sufrimiento está ahí, existe y, por lo tanto, la consecuencia que deriva de este planteamiento es la siguiente:

*"no debo amar mi sufrimiento porque sea útil sino porque es".*³¹

Está clara ya la perspectiva weiliana del mal, del sufrimiento, de la desdicha. La respuesta única posible para su aceptación está en Dios y en concreto, en el cristianismo, en Cristo, en su cruz:

*"la desdicha está realmente en el centro del cristianismo. El cumplimiento del único y doble mandamiento "Ama a Dios", "Ama a tu prójimo", pasa por la desdicha".*³²

*"la única fuente de claridad lo bastante luminosa como para iluminar la desdicha es la luz de Cristo. En cualquier época, en cualquier país, allí donde haya desdicha, la luz de Cristo es su verdad. Todo hombre que ama la verdad al punto de no correr a las profundidades de la mentira para huir del rostro de la desdicha, tiene parte en la cruz de Cristo, sean cuales sean sus creencias. Si Dios hubiera consentido en privar de Cristo a los hombres de un país y una época determinada, lo reconoceríamos por un signo cierto: entre ellos no existiría la desdicha. No conocemos nada semejante en la historia. Allí donde hay desdicha, está la cruz oculta, pero presente a cualquiera que elija la verdad en lugar de la mentira, el amor en lugar del odio. La desdicha sin la cruz es el infierno y Dios no ha puesto el infierno en la tierra. Recíprocamente, aquellos cristianos, tan numerosos, que no tienen la fuerza de reconocer y adorar en cada caso de desdicha la cruz bienaventurada, no participan de Cristo".*³³

Estas últimas palabras nos dan la clave definitiva del pensamiento de Simone Weil.³⁴ Su punto neurálgico no es otro que el del mal en el mundo, su padecimiento y su solución que pasa por el engarce que lleva a cabo entre el drama de la desdicha y la cruz de Cristo.

Notas bibliográficas

¹ Weil, Simone: *A la espera de Dios*, Ed. Trotta, Madrid, 1973, 31 amor a Dios y la desdicha.

² Ibid.

³ Ibid. Pp. 76

⁴ Ibid. Pp. 77

⁵ Ibid.

⁶ Ibid.

⁷ Ibid.

⁸ Ibid. Pp. 85.

⁹ Weil, Simone. *Pensamientos desordenados*, "Nuevas reflexiones sobre el amor a Dios y la desdicha", Ed. Trotta, Madrid, 1995, pp. 75.

¹⁰ Ibid. Pp. 79.

¹¹ Ibid. Pp. 77.

¹² Ibid. Pp. 78.

¹³ Ibid. Pp. 82.

¹⁴ Ibid. Pp. 88.

¹⁵ Ibid. Pp. 89.

¹⁶ Weil, Simone: *La gravedad y la gracia*. Ed. Trotta, Madrid. 1994, "Vacío y compensación", pp. 57.

¹⁷ Ibid. Pp. 58.

¹⁸ Ibid. "Aceptar el vacío". Pp. 62.

¹⁹ Ibid. "La imaginación colmadora" Pp. 68.

²⁰ Ibid.

²¹ Ibid., "Descreación". Pp. 84.

²² Ibid. "Renuncia", pp. 70.

²³ Ibid., "La desgracia". Pp. 120.

²⁴ Ibid. "El mal". Pp. 116.

²⁵ Dostoievski, Fedor: *Los hermanos Karamazov*. Ed. Nauta. S.a., Barcelona, 1990, capítulo IV; libro V, Rebeldía. Pp. 503.

²⁶ Weil, Simone: *La gravedad y la gracia*, Ed. Trotta., Madrid, 1994. "El mal", pp. 116.

²⁷ Cfr. : Mi artículo: Dolby Múgica, María del Carmen: "El problema del mal en San Agustín y la racionalidad de lo real" en Revista Agustiana, Vol. XXX, 19898. Pp. 437-454.

²⁸ Weil, Simone: *La gravedad y la gracia*, Ed. Trotta, Madrid. 1994. "El mal". Pp. 115.

²⁹ Ibid. "La Cruz". Pp. 129.

³⁰ Ibid. "El mal". Pp. 111 y 118.

³¹ Ibid. "La desgracia". Pp. 119.

³² Weil, Simone: *Pensamientos desordenados*, Ed. Trotta. Madrid, "Nuevas reflexiones sobre el amor a Dios y la desdicha", pp. 83.

³³ Ibid. Pp. 85.

³⁴ Las Obras completas de Simone Weil están en curso de publicación, en 16 volúmenes, por la editorial Gallimard de París. En España, la editorial Trotta ha traducido y está traduciendo al español sus obras más importantes:

- *A la espera de Dios*. Prólogo de Carlos Ortega, Trotta, Madrid. 1993.

- *La gravedad y la gracia*. Trotta, Madrid, 1994 (introducción, traducción y notas de Carlos Ortega).

- *Pensamientos desordenados*. Trotta, Madrid. 1995 (traducción de M. Tabuyo y A. López).

- *Echar raíces*. Trotta. Madrid. 1996 (traducción de J. R. Capellá y J. C González Pont).

- Próximamente aparecerán los siguientes títulos: "Cuadernos", "Cartas a un religioso", "Intuiciones precristianas" y "Escritos de Londres".
- Por otra parte, la editorial Sudamericana de Buenos Aires ha publicado en los años 1953, 1954, y 1961 las siguientes obras de Simone Weil: "Carta a un religioso" (traducción de M. E. Valentetié); "Espera de Dios"; "La fuente griega", "La gravedad y la gracia"; "pensamientos desordenados acerca del amor a Dios"; "Raíces del existir" (el mismo traductor para todas las obras).
- Las siguientes obras: "Ensayos sobre la condición obrera" y "Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social", han sido publicadas en Barcelona, en Nova Terra y en Paidós, respectivamente. De esta última obra hay una edición de México, de 1977, Premiá (traducción de L. Calvo Silva).
- Sobre la vida y la filosofía de Simone Weil, una de las obras más completas es la de su amiga y biógrafa Simone Pétrement: "La vie de Simone Weil", I: 1909-1934 II: 1934-1943, Fayard, Paris, 1973 y 1979. Hay edición española: Pétrement, Simone: "Vida de Simone Weil", Trotta, Madrid, 1998.

RELIGIÓN Y ATEISMO EN EL CAMBIO DE MILENIO

Mtro. José Roberto Mendirichaga
Universidad de Monterrey

Nosotros los cristianos creemos y enseñamos, y hasta hacemos depender de ello nuestra salvación, que la Filosofía, esto es, la aspiración a la verdad (sapientiae studium), y la religión no son distintas una de la otra.

San Agustín, en *De vera religione*

Un libro que ha despertado muchísimo interés y está siendo traducido a varios idiomas es el texto titulado *¿En qué creen los que no creen*, de Umberto Eco y Carlo María Martini: el primero, intelectual de la Universidad de Bolonia; y el segundo, culto clérigo y cardenal de Milán.

Fundamentalmente, lo que polemizan estos coautores, pues que se trata de cartas entre ambos, primero publicadas en la revista italiana *Liberal* y luego editadas en forma de libro, es la cuestión de si pueda existir una ética natural que funcione independientemente del dato revelado.

El profesor Eco sostiene que basta la primera para ser fundante de toda conducta humana rectamente informada. Por su parte, el cardenal Martini señala que, si no incluimos a Dios como autor de la ley eterna y de la ley natural, no habrá un fundamento lo suficiente sólido ni confiable; y que después de la encarnación, muerte y resurrección de Cristo, coincidiendo lo anterior con lo expresado por Teilhard de Chardin, nada escapa a lo crístico.¹

¿Y cuál es la razón por la que el público se ha volcado sobre este libro, tan sugerente en su título y tan vivencial y claro en su contenido? Que al mundo de hoy le inquietan los problemas de Dios. Se vive un neoracionalismo, que no otra cosa es la corriente más fuerte del llamado posmodernismo filosófico; y por otro lado, simultáneamente, se percibe y registra una fuerte necesidad de vinculación con lo Absoluto, Dios.

Pero no con un Dios idealista, como lo concibieron Kant y Hegel. Tampoco alejado del fenómeno humano y tema de disquisiciones. No, nuestro mundo de hoy demanda un Dios personal: que se ocupe de sus creaturas; que se vuelva hombre con los hombres sin perder su categoría divina, omnisciente, todopoderosa. Se trata, pues, de un Dios encarnado, concepción naturalista que coincide con el plan de salvación judeo-cristiano.